

SAN JOSE, COSTA RICA

15 de Junio de 1914

Año IV



Núm.83

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

dirigida por CARMEN LIRA



RAFAEL CARDONA

DE LOS JÓVENES CANTORES DE COSTA RICA

LITERATURA, CIENCIAS
Y
CRITICA BIBLIOGRAFICA

20 cénts.

RENOVACIÓN

PUBLICACIÓN QUINCENAL

LITERATURA + CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA., EDITORES

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

Esquina frente al Correo — LECTURA BARATA — Apartado Número 638

REVISTAS IMPORTANTES

cuya agencia en Costa Rica sirve la "Lectura Barata"
de Falcó Zeledón & Cía.

NOSOTROS

Importante revista literaria y científica, argentina.

REVISTA DE REVISTAS

Interesantísima y muy amena publicación editada en la capital de México.

MUNDIAL

La mejor revista artística que actualmente se publica en español.

ELEGANCIAS

La que da mejor y más completa idea de la marcha de la moda parisién y deleita a la vez con su amena lectura.

MUSEUM

Revista mensual de arte español antiguo y moderno. Estudia la producción pictórica más famosa de España y reproduce sus más geniales obras.

LA ESPAÑA MODERNA

De legendaria fama continental

REVISTA GRÁFICA

Llena de interesantes datos y notas gráficas de actualidad.

HOJAS SELECTAS

Cuya excelencia es ya ventajosamente conocida en San José.

THE MUSICAL OBSERVER

Revista mensual, cada uno de cuyos números contiene diez piezas escogidas. El suscriptor, pues, tendrá *ciento veinte* obras musicales por CINCO COLONES.

LAS MARAVILLAS DEL MUNDO Y DEL HOMBBE

Obra que constará de 50 entregas compuestas de 32 páginas. Esta obra constituye una revista de las más asombrosas maravillas del mundo. Valor: 50 céntimos el cuaderno.

TIERRA!

Periódico semanal defensor del sindicalismo moderno. Precio: 5 céntimos el número.

San José, Costa Rica

15 de Junio de 1914

RENOVACIÓN

LITERATURA - CRÍTICA BIBLIOGRÁFICA

Año IV

Núm. 83

FALCÓ, ZELEDÓN & Cía., EDITORES

PÓRTICO

A la Experiencia

Yo te digo mis versos y te canto
por la intoxicación de tu veneno;
porque aspiré el perfume de tu seno
y me envolví en la seda de tu manto;

Porque mi pobre corazón fué santo
mientras no vió tu rostro nazareno;
porque mi pobre corazón fué bueno
sin conocer tu malhechor encanto;

Porque al matar las dulces ilusiones
surgieron a tu golpe los leones
prometidos al Mártir y al Profeta;

¡Porque tú formas parte de la vida
y sabes dar la provechosa herida
que hace al Hombre y al Sabio y al Poeta!

LAS VIEJECITAS

A Carmen Lira

Dulces abadesas: santas viejecitas
místicas e ingenuas como las ermitas;

aunque renegridas de surcos y grietas
sois como ribazos llenos de violetas:

vivos ataúdes que ambulan la Vida
como ironizando la ilusión y ida;

madrecitas albas, que con paso leve
vais todas rugosas, hopadas de nieve...

Santas viejecitas, dulces abadesas
que dáis alegrías y vivís tristezas!

Frascos agotados, de finas esencias
que fuisteis la magia de las existencias:

ojos en que mueren las irradiaciones
mientras que los labios vierten oraciones:

Dolientes abuelas de sonrisas fútiles:
viejas cerraduras de trancas inútiles...

Llaves sin objeto, de ásperas herrumbres,
que entregais al ruego vuestras pesadumbres!

Cómo es triste veros al caer la tarde
junto a la tarea, junto al leño que arde,

con el pulso trémulo enhebrar la aguja,
mientras en el humo lenta se dibuja

la silueta amable de pasados sueños...
Viejecitas tristes, de labios risueños,

forradas de lana, temblorosas, mustias,
tal como manojes de vivas angustias...

Pobres abuelitas, cuyas manos secas,
—que ya sólo pueden ovillar las ruecas—
aún sueñan la gloria de vestir muñecas...

IN MEMORIAM

M...

Prende la noche lámparas nupciales
sobre el rumboso terciopelo oscuro
y se mueren las rosas sobre el muro
de los tristes jardines otoñales.

Afuera el aura dice madrigales;
habla la fuente perennal conjuro,
mientras recuerdo el alabastro puro
de sus brazos sedosos y reales...

(... Y sus dos grandes ojos me dejaron,
sus extáticos ojos que copiaron
las implacables sombras de mi Hastío...)

Enormes ojos de claustral mirada,
en donde estaba su alma fatigada
como el ala de un cisne sobre un río...

HERMANO CORAZÓN...

Para A. García Solano

Mi corazón se muere de ternura:
es buen mozo y te ama: sus veinte años
han presentido ya los desengaños,
y han probado la hiel de la Amargura;

Tú tienes que quererle, si eres pura:
si no te alegran los ajenos daños;
si a los enfermos tímidos o huraños
les das la Comunión de tu Hermosura.

Como una Casa de Salud es tu alma,
donde van a beber la ansiada calma
—cabe la fuente de tu amor cristiano—

los enfermos de amor... ya que eres buena,
deja que duerma el ave de mi pena
en la rosada palma de tu mano.

LOS LADRONES

Me dicen sois enfermos, simpáticos ladrones,
cleptómanos divinos... sin embargo, os envidio
porque el terror es bueno para los corazones.
Por haceros honrados no me empeño ni lidio,
porque quiero que siempre gustéis las sensaciones
de burlar a los guardas y escalar el presidio.

Os quiero truhanes, porque al cabo, vosotros
no haceis sino robaros lo que se roban otros.

Os admiro, pacientes que distraéis los ocios
en las noches oscuras, de vagabundería,
con los más divertidos y bellos sacerdotes:
llegar entre la sombra, con toda sangre fría,
y hacer vuestros honrados y factibles negocios
tal como otros los hacen a pleno medio día.

Por eso es que yo os quiero y no os doy malos tratos;
porque sois digitigrados, ágiles como los gatos.

Vosotros, *las escorias*, que habitais subterráneos
oscuros y sombríos como grandes toneles
que arborecen de helechos tal cual vellos cutáneos;
porque vuestras fortunas son los férreos cinceles
que horadan los arcones como si fueran cráneos...
porque a salto de mata, vagáis, hombres-lebrelés...

Os quiero, truhanes, porque al cabo, vosotros
no haceis sino robaros lo que se roban otros...

MARINA CREPUSCULAR

Para don Roberto Brenes Mesén

Se adormece la tarde en los fulgores
de las divinas luces siderales:
salta el mar con estruendo de timbales
y la brisa derrama sus rumores.

Finge el océano monstruo de colores,
que al bramir con sus ímpetus bestiales,
arroja por sus glaucos lagrimales
copos de espuma que semejan flores.

Las olas, al rodar por las arenas,
se arquean como torsos de sirenas
que riman enigmáticos cantares,

y después de estrellarse en la contienda,
le dejan a la playa como ofrenda
luminosas coronas de azahares...

CABALLERESCO

... Y atravesé la sombra del sendero
que lleva a tu castillo, dulce amada,
el puño puesto en la fulmínea espada
y arrogante la pluma del sombrero.

Subí por el rocoso trepadero
indagando una luz con la mirada,
y burlé los guardianes de la entrada
con la voz elocuente del dinero.

... Y atravesé una pompa de jardines,
así, como lo hiciera leal sabueso
tras el misterio de tus camarines,

y en tanto tras la huella del pie impreso
se afanaba una turba de mastines,
Me así de tu balcón y te di un beso.

HISTERIA

Me apereza un sopor de calentura;
todo calla en redor; el aire ahoga.
Sólo el viejo reloj que monologa
turba el silencio de la estancia oscura.

Como una sombra entre la sombra, el cura,
envuelto en la liturgia de su toga,
junto al lecho se sienta y me interroga
el motivo causal de mi locura.

Mi cansino mirar, sólo vislumbra
surgir desde la lúgubre penumbra
y bajo el débil párpado entornado,

trunco perfil amarillento y seco,
cual si emergiese del negror de un hueco
la cabeza de un hombre degollado.

FLOR DE ALQUIMIA

Como una flor de alquimia es tu hermosura
y al contemplar tus vanidades huecas,
te asocio con las frágiles muñecas
de engañoso cartón y de pintura.
Tu gracia inofensiva y tu locura
saben cubrir las sombras de las pecas,
tal como el árbol que sus hojas secas
oculta bajo plácida verdura.

Ritma airoso tu andar la forma llena:
tu mano flaca en el mullido guante
tiene gestos ridículos de escena;

de este modo al pasar va tu semblante
diciendo el triunfo y la sapiencia plena
de un viejo farmacéutico galante!

EN LA TERRAZA

La tarde se desangra en la ribera
del dorado archipiélago lejano;
y en el lienzo de luz del oceano
arborece un jardín en primavera.

Nada inmuta el silencio, cual si hubiera
un índice en el labio soberano:
como bajo el dominio de una mano
calla el mar, con silencios de pantera.

Yo te sueño y te espero en la moruna
terrazza de mi ensueño, mientras llega
mi mensajero pájaro: la luna..

Y ante el mar que sus ímpetus doblega,
se hace vana en la sombra de la duna
la esperanza ilusoria que te ruega,

LOS LIRIOS

Se abren blancos, los lirios aurorales
cuando la luz crepuscular empieza,
y tienen por su mística pureza
la beatífica unción de los misales.

¡Oh los flébilis lirios matinales
a los que el sol, ungido de tibieza,
tiende alfombras de oro en la pereza
de las dormidas aguas otoñales!

¡Oh castos sacerdotes del mutismo
que tenéis el humano escepticismo
y la blanca ilusión de los amores!

Con qué honda emoción, la musa mía,
con vuestros albos cálices diría
la oración de mis templos interiores!

LAXITUD

Así con la letargia de la seda
en tu regazo me quedé dormido:
tal lo hiciera algún pájaro aterido
bajo el cielo autumnal de una alameda

Tú quedarás también como se queda
un recuerdo en la rama del olvido:
como aquel cisne blanco, adormecido
sobre los senos cándidos de Leda,

Toda mi alma será contemplativa
—así como una lámpara votiva—
en acecho de una íntima terneza;

y exangüe ya la fuente de tu vida,
Hécate, blanca, te hallará dormida
en el lecho nupcial de mi tristeza...

Rafael Cardona

Me siento muy contenta al pensar que las páginas del presente número de nuestra revista, lucirán en su blancura las poesías de Rafael Cardona. Es una de las jóvenes inteligencias de nuestro país que más artísticamente han pintado con versos sobre el lienzo de la vida, los ensueños que lleva dentro de sí. Ellos nos están diciendo que es poeta.

Dichoso él a quien le fue concedido al nacer, por una de las hadas que inclinan su rostro sobre la cabeza de los recién arribados a este mundo, el don de cantar o pintar sus emociones.

Al leer sus poesías ya tan bien trabajadas y mirarlo tan joven, pienso en la perfección de sus composiciones futuras. Me parece que en su interior hay guardadas—como dentro del joyelero de una reina collares de piedras preciosas—sartas de versos que tienen la blancura o los iris de las perlas, la transparencia de los brillantes y el azul intenso de los zafiros.

El Tiempo será la mano encargada de irlos ofreciendo a nuestro oído que los acogerá con el placer con que se reciben los presentes que nos hace la Belleza.

Isaías Gamboa

No pasó entre nosotros sin imprimir una huella: fué como una golondrina que a más de pintar en la pupila la gracia de su vuelo rápido, dejara caer en nuestro huerto la simiente que encierra la flor del cariño. Y con esa sabiduría que tienen esas amables criaturas de Dios «que no siembran ni allegan en alfollies», supo poner la bendita semilla que da encanto a la vida, sólo en corazones jóvenes e infantiles, tierra propicia para todo lo que significa amor.

Así, hemos sabido llenos de emoción, que en los últimos días del pasado abril sus restos que yacieron diez años en tierra extranjera, cerca del mar, fueron trasladados a su Tierra Nativa que él cantó en Chile con una infinita intensidad, tanto deseaban sus ojos volver a contemplarla!

Triste placer para los hijos de Cali! Ver tornar encerrado en una pequeña urna lo que partió con alas! Saber que vuelve convertido en un montoncito

de polvo un corazón rebosante de armonías dolientes y que dejó brotar para que se cristalizaran en los versos más melancólicos que ha ofrendado la América!

Ya el mar que inspiró una de sus más bellas poesías no estremecerá con sus tumbos el suelo en que él descansa. Su Tierra Nativa con su cariño, sus Marías y sus palmas lo reclamó para abrigarlo en su seno.

Sobre su tumba cerca de la que velan espíritus que lo amaron, florecerán ahora las violetas del valle nativo cultivadas por manos que mueve la ternura: por las manos pálidas y arrugadas de la madre que lo bendijeron al partir; por las de la hermana que tantas veces acariciaron su cabeza de soñador; por las de sus hermanos; por las de sus amigos...

Ahora sí dormirá como lo deseara Chocano:

«Poeta: duerme bajo los oros de tus palmas...»

Una tumba en el destierro

La muerte de Isaías Gamboa

Cuando aún vagaba entre los sauces y cipreses del cementerio de Santiago el eco tristemente doloroso del último golpe con que el sepulturero cerraba para siempre el nicho donde reposan los restos de Juan Coronel, el cable nos comunicaba desde el Perú, que en el Callao, en una cama de arriendo del Hospital de Guadalupe, Isaías Gamboa había emprendido el viaje de regreso hacia el gran mundo ignoto, de donde todos somos y hacia donde todos volvemos.

La muerte de Gamboa, como la muerte de Coronel, no era para nosotros, los que le conocíamos de cerca, acontecimiento inesperado. Todos sabíamos que la vida de Isaías estaba egoístamente contada. Las durezas de la última revolución colombiana en la que tomara parte, junto con las inclemencias del clima chileno, habfan minado definitivamente su organismo, llevando hasta las células de sus pulmones, el implacable microbio de la tisis.

Fijo en mi memoria está el recuerdo de la primera visita que le hice en su lecho de dolor, que ya era su lecho de muerte. Fué en una noche espléndida del mes de diciembre pasado. Alberto Masferrer, Joaquín Vigil y yo, nos encontrábamos comiendo en casa del primero. De pronto alguien aseguró que Gamboa guardaba cama en el Liceo alemán, atacado de mal incurable. Se dijo que, además, nuestro amigo se hallaba casi abandonado, pues siendo tiempo de vacaciones, no vivían en el establecimiento sino él y algunos profesores que poco o ningún caso hacían de su dolencia. Inmediatamente brotó de todos los labios la misma proposición: «Vamos a verle».

Y fuimos. Allí estaba el poeta enfermo, doliente y solo: la tos, la incansable y terrible tos que atormentaba

ta los días últimos de los tísicos, no le dejaba un solo instante. Su color era pálido, con palidez cadavérica, su mirada incierta, vaga, con esa incertidumbre y esa vaguedad de los que van ya en camino hacia el país del misterio. Sin embargo, él, engañado con la mentira de la esperanza que acompaña hasta el último instante a los enfermos de ese terrible y extraño mal, se creía sano. «Estoy bien, nos dijo; pronto me levantaré».

Y se levantó en efecto; pero para volver a caer.

Fué en otra hermosa noche de principios de este año, en una estrellada noche de placidez, cuando Masferrer y yo volvimos a dirigir nuestros pasos hacia el nuevo lecho de dolor del poeta. Esta vez se hallaba en el Hotel Francia, al lado de la pieza de Juan Coronel, siempre «entre sábanas de arriendo», como ha dicho un poeta chileno.

Creo haber referido alguna vez que a la hora de nuestra visita figuraba al borde de su lecho, animándole con entusiasta charla el infortunado Coronel. ¡Quién les hubiera dicho a los dos que en el libro donde el Destino va apuntando los nombres de los candidatos a la muerte próxima, ellos figuraban entre los primeros! Recuerdo que Coronel charlaba con ardor, soñando aún, como él lo acostumbraba, con las grandezas de esta vida miserable e inútil. Gamboa refa tristemente. Acaso ya comenzaba a comprender, aunque de vaga manera, que el viaje final le estaba fijado para muy luego. A pesar de todo, él aún trataba de engañarse. Nos habló de mucho en los intervalos que la verbosidad de Coronel, ya loco, se lo permitían — de Colombia, de la vida de Santiago, de sus versos, de su novela «Tierra Nativa», de su *salud*; de todo, menos de



su muerte que ya estaba inexorablemente decretada para pocos días después; de su próxima muerte que todos comprendíamos, todos, menos él, el querido poeta...!

Y como nos lo afirmó, con la fe ciega que constituye la herencia final deparada por la suerte a las víctimas de la tuberculosis, él se volvió a levantar. Porque en la vida humana plagada de crueldades, el acaso, esa fuerza desconocida e implacable que rige los destinos del Universo se complace, bien así como el gato con el ratón, en atormentar los postreros instantes de vida de sus presas con el amargo placer de la libertad provisional: les suelta por un minuto; les dice: «vive», «goza», «ríe», y en seguida les atrapa de nuevo, les atrapa con doble, con triple crueldad, les bota, les estruja entre sus garras, complaciéndose con sanguinario placer en la impotencia del vencido.

Gamboa volvió a abandonar su lecho de tormento; volvió a pasear por las calles y avenidas de Santiago como un sano; vió de nuevo la majestuosa cordillera con la mirada placentera de los que cuentan con largos días de vida. Varias veces le encontré en la Plaza de Armas, en el Correo, en la calle de Ahumada, *restablecido*, como él decía.

Poco tiempo después, el monstruo de la muerte, que ya no le abandonaba, volvió a tomarle, ¡ay!, y para siempre! Entonces, si el médico fué más tremendo, en cambio tuvo para con él menos hipocresías. Le derrumbó en su último lecho extranjero de Santiago, donde entonces si tuvo la visión de su destino. Ya la muerte no se entretuvo en el juego malvado de concederle esperanzas que no había de ver realizadas. Apenas se le concedió dos días para subir al Cerro de Santa Lucía, al espléndido paseo santiaguino, desde donde, contemplando el inmenso horizonte, él soñó con los espléndidos paisajes de su Cauca bien amado.

En el cuarto piso de una casa de huéspedes de la calle del Estado, le

tocó, por vez final, probar las amarguras de una cama de arriendo para enfermos; las amarguras de una cama de arriendo, cuando se siente bien fuerte la necesidad del cariño maternal, el ansia infinita de ese inmenso consuelo que sólo saben proporcionarle a uno los brazos de un hermano, los besos de la madre o los cariños confortables de una hermana.

A esa mansión bien atendida, pero falta del calor del hogar, iba yo a verle con frecuencia.

Cuando después de la tregua de dos días que el dolor le concediera, recayó para no levantarse más, yo prodigué mis visitas. Iba con la convicción de que para él era un placer el verme. Porque mientras otros llegaban a discutir filosofía, yo le llevaba bromas. Cuando se está a las puertas de la muerte, la risa es un consuelo.

La enfermedad le agotó sus economías, y cuando quiso volver a su hogar, se encontró falto de recursos. Entonces apeló al medio a que han apelado tántos literatos pobres como él: a la venta desesperada de sus obras. Los amigos más íntimos nos encargamos de expenderle su «Tierra Nativa».

Yo me encargué de una parte de la venta. Con este motivo menudeaban entre nosotros los chascarrillos y las bromas.

Su libro se vendía a \$ 1,50 el ejemplar.

En cierta ocasión yo logré colocar ocho a \$ 2,00 cada uno, pero con la obligación precisa de que cada ejemplar debería contener una cariñosa dedicatoria del autor.

Llegué donde él a pedirle la dedicatoria. Sonriendo tristemente me contestó: ¿pero qué he de decirles si no les conozco?—Sí, repuse, usted les conoce.—¿Y quiénes son ellos?—Son éstos, contestéle, son estos ocho, que han dado \$ 16,00, que servirán a usted para ferrocarril y hotel hasta Valparaíso.

Gamboa, contra su costumbre, lanzó una carcajada, exclamando después: «Trigueros, Trigueros, yo tengo

treinta años y he vagado por la tierra durante diez; pero usted es más hombre; usted conoce más el mundo...»

Todas las tardes charlábamos íntimamente: yo tratando con mis bromas de ocultarle su estado, de hacerle amables las últimas horas de su vida, de engañarle; él respondiendo con otras bromas, con las cuales ¡ay! quería también engañarse! Y, sin embargo, los dos lo sabíamos ya, lo presentíamos por lo menos: el fin se acercaba, llegaba el instante supremo.

Cierta noche no se pudo contener y rompió, en medio de la risa, a llorar amargamente.

—Es inútil, Trigueros—me dijo— es inútil esta farsa; yo no soy del mundo de ustedes los vivos...

Y después de una ligera pausa, comenzó a recitar, con voz apagada, entre golpe y golpe de tos, aquellos melancólicos aires murcianos de Vicente Medina...

¡Me muero! No tengo
ni gelepa siquíá de esperanza.
No es contoico y con ello la pena
que más m' acobarda,
c'al fin y al remate
quien muere descansa...
Mi dolor es morirme tan lejos...
no ver mi barraca...
no ver a mi novia...
no ver mi guitarra...
no sentir el calor de los besos
que llorando mi madre me daba.

Díles que me lleven... Díles que me lleven aunque llegue ya muerto a mi casa!...
c'aquella ropica,
que en lo hondo del arca
arzaica me tiene mi madre,
me la pongan siquíá de mortaja...
que m' abrigue mi cuerpo mi tierra...
¡mi tierra del alma!

Tres días antes de partir, me llamó al borde de su cama, y me dijo: Ve usted esa biblioteca? es mía, más bien dicho, era mía; porque desde hoy pasará a poder de usted: se la obsequio como recuerdo. Sé que no nos volveremos a ver jamás. Pues bien, cuando yo vaya borrándome ya de su memoria, cada libro de esos le hablará por mí.

Y fué verdad: ya no nos volvimos a ver. No teniendo valor para ir a darle el último adiós al muelle, volví a su cuarto cuando ya hacía dos horas que se había marchado. Fuí por sus libros. Aquí sobre la mesa donde escribo estas líneas están ellos aglomerados. Tomo uno de las muchas revistas que me dejó, y leo este verso suyo:

Tanto luchar con el destino en guerra
para hallar, cuando todo ha concluído,
una misera tumba que se cierra
con un poco de tierra
y otro poco de olvido.

En Chile, año de 1904.

Vicente Trigueros

(Del *Correo del Cauca*).

Del libro "La Tierra Nativa"

XII

Tiñendo la noche, como lo había calculado Tomás, llegaron a la posada del Naranjo, después de haber atrasado la parte más fea del camino.

En ese punto el terreno cambia de aspecto, debido a una estribación de

la montaña donde ha podido construirse una casa. A no existir la posada del Naranjo, los pasajeros tendrían que pernoctar en Juntas.

Andrés fué recibido con la amabilidad característica de las gentes campesinas del país; que a pesar de las pocas comodidades de que disfrutaban,

proporcionan al pasajero cuanto les es posible, con la mejor voluntad.

Las posadas de esos caminos no son hoteles, sino casas de familia, donde siempre el que lo ha menester encuentra una mesa «puesta» y una cama «tendida»; y corazones sencillos, cariñosos, que consideran la hospitalidad como un favor que recibe quien lo da, como un deber ordenado por Dios.

A la partida del viajero, cuando éste pregunta cuánto debe, contestan casi siempre:

—Nada, señor, que le vaya bien.

Andrés, fatigado, echó pié a tierra en el patio de la casa, y el mismo dueño de ella se hizo cargo del caballo y ayudó a Tomás a descargar.

Cuando el posadero supo quién era Andrés y de dónde venía, llamó en alta voz a la mujer y a toda la familia, para que vinieran a atender al huésped que tenían en su casa.

—No saben ustedes quién es? Pues es el hijo de don Manuel del Campo, que viene del extranjero!

—Ah! el señor del Campo, que en sus viajes al puerto siempre posaba aquí. ¡Tan bueno que era!

Andrés, en silencio, turbado por la memoria de su padre, dió la mano a la señora y a las niñas.

—Pues si aquí durmieron, él y usted, cuando usted se iba! ¿No es así?

—Sí, me acuerdo...

—Eso hace años. Iba usted muy jovencito.

La señora, con el instinto de su buen corazón, interrumpió ese diálogo que iba a entristecer a su huésped; y obsequiosa y atenta se esforzó porque nada le faltara.

Encendieron las luces y media hora después, en la misma sala, sobre una mesa pequeña cubierta con un mantel que aún tenía los dobleces, le sirvieron una comida improvisada: huevos, carne y plátanos fritos, pan de maíz y de postres queso y una hirviente taza de chocolate, cuya espuma brillaba en burbujitas tornasoles como piedras preciosas.

Por último, en un rústico jarro de

plata, el agua límpida y fría de la montaña.

Mientras duró la comida, el viejo le hablaba de la guerra que acababa de pasar:

—Más larga y horrorosa que la del 60; no se figura usted.

La guerra del 60, en comparación con la última, perdería en adelante su fama legendaria.

Ay! señor,—exclamó la mujer—creíamos que eso no iba a acabar nunca. ¡Qué aprensiones, qué sustos cada rato!—Que viene la partida!—y todos los hombres a correr; que están peleando en no sé qué parte; que han cogido a un general. No hablaban sino de generales, que ya ni se sabía.

—Y todas las cosas por las nubes, dijo la hija mayor, en tanto que atendía al servicio de la mesa; todo tan caro.

—Los pobres, los pobres son los que pagan, agregó sentenciosamente la señora.

—¡Qué guerra, por Dios!

Tomás, con el sombrero en la mano, asomó la cabeza a la salita y dijo desde el corredor:

—Dispense, patrón: ¿a qué horas quiere que lo llame mañana?

—Cuando calcules que sean las cuatro.

—Tan temprano? dijo el dueño de casa.

—Sí, quiero aprovechar la luna para alcanzar a llegar a Cali.

—Tiene razón. Estará desesperado por llegar, dijo la señora. ¡Qué alegría le va a dar a su mamá!

El posadero salió al patio y dió algunas órdenes a los mozos.

—Pónganle bastanté caña al caballo de la montura y aseguren las otras bestias en la manguita. Vos, José, madrugás para ayudarle al peón.

Andrés se acostó temprano en una cama rústica cuyas sábanas y fundas, acabadas de sacar del baúl, olían a *quereme*.

La alcoba donde fué instalado era una pieza nueva, de madera, con una ventanita hacia el campo. La dejó abierta para que entrara el aire fresco

de la noche. Durante mucho rato permaneció agitado, sin poder dormir, a pesar del cansancio que sentía. Se acordó de que para conciliar el sueño acostumbraba leer. Pero la idea de un libro allí, le pareció sumamente extraña, rara. Pensó que leer era una cosa remotísima, algo que ya no estaba en su existencia, un hábito del que se había libertado hacía tiempo. ¿No era, pues, ya otro hombre?

Apenas pudo darse cuenta de esas ideas confusas. Luego recordó dónde estaba; y el «mañana», ese siguiente día, tan cercano ya para él que había esperado tanto tiempo, se le representó con todas sus emociones, como algo grandioso, inconcebible, que iba a sacudir su ser y su vida.

Pensó:

—Esta será la última noche que viviré yo en casa extraña.

Pensó más:

—¿Será la última noche?

Afuera, detrás del tabique, el caballo golpeaba con los cascos el suelo de la pesebrera y se le oía comer la caña en un cajón. El murmullo del río se elevaba desde las profundidades del precipicio, dominando la calma nocturna. A lo lejos, sumamente lejos, ladridos de perros.

XIII

Las cinco y media serían cuando a la mañana siguiente salió Andrés de la posada del Naranjo.

La luna alta y pálida, con su disco carcomido, bañaba de luz tenue y amarillenta las rocas, las faldas y las cumbres, dando a todo perspectivas de lejanía.

Sobre el granito del camino resonaban las herraduras del caballo, a paso largo por las revueltas peñascosas, donde todavía hay altos voladeros.

A medida que avanzaba Andrés, veía emblanquecerse el cielo y palidecer las estrellas con debísimos fulgores. Un céfiro delicioso le producía en la piel sensaciones de besos. Los grillos despertaban entre la hierba. Un pajarito madrugador fué el prime-

ro que moduló un trino en su árbol; con lo cual todos los demás se alborotaron y se pusieron a cantar.

Borráronse por completo las estrellas y la luna se tornó blanca como una gran concha de nácar. No era ya su luz la que hacía más visibles los objetos; era el alba que sonreía al mundo, leve como una virgen que abandona su lecho, apartando las ligerísimas cortinas rosadas y azules.

¡Una aurora del Cauca, con una estrella de plata en la frente!

El corazón de Andrés entonó como las aves un himno de alabanza a esta belleza que volvía a ver; a ese cielo donde brillaba el alba de tan hermoso día, después de la negra noche de la ausencia.

—Regocíjate, ¡oh miserable ser atormentado por la duda,—se decía a sí mismo. He aquí que llega una felicidad en que apenas te atrevías a creer! Alma cansada y triste, despierta porque grande es la dicha que te espera! Purifícate de todas las amarguras, de todas las ironías y queda limpia como los seres sencillos que se acercan a un altar!

Los pájaros cantaban en el bosque. Las neblinas ascendían flotantes como el humo del incienso. El sol iluminó las cimas de la cordillera.

Ese día, remontando el curso del Dagua, atravesó Andrés los sitios más pintorescos del camino, entre casitas blancas, huertos, jardines y corrales, cuyas tapias y talanqueras festonan campanillas azules.

Como la senda va por el fondo del valle angosto formado por la cuenca del río, siete veces hay que pasar sus raudales, cada vez menos impetuosos y de linfas más puras. De un lado y otro recibe los riachuelos que bajan bulliciosos por los flancos de las serranías.

En las colinas y faldas hay risteñas estancias, cuyas cercas dibujan cuadriláteros en las laderas. Por sus contornos pacen libremente vacadas y rebaños de ovejas. Las cabras saltan en los barrancos amarillos o se suben a las grandes piedras. Oyense mujidos

en los hatos y gritos de pastores en las lomas.

Por allí pasó Andrés al sol de la mañana, admirado, encantado, dichoso.

Se detuvo un momento en uno de los corrales donde estaban ordeñando. Una linda campesinita de negros ojos, de labios grosezuelos y rosada tez, ordeñó una vaca de ternero grande y le pasó al viajero la vasija rebosante que él mismo vió llenar. Arrimada al caballo esperó a que bebiera, y cuando el joven le preguntó cuánto le debía, repuso ella:

—Nada, señor.

Entonces Andrés dió a la muchacha un gran ramo de ale'jes, parásitas y azucenas silvestres que había cogido en el camino, acompañando el obsequio con una frase de elogio. La dulce niña recibió las flores y con ellas adornó su sombrero de paja, mientras sus compañeras reían. Entre las risas, ofanse los chorros de la leche al apagarse en los copos de espuma.

—Qué creída!—exclamó una de las ordeñadoras, asomando la cara fresca y risueña por debajo de la ubre de una vaca.

Un muchacho que en la puerta del corral atajaba los terneros, miró sombriamente a Andrés al salir éste.

Ya estaba alto el sol cuando llamó a la puerta de una gran casa de teja, cuyo extenso patio sombreábalo casi por completo una gruesa ceiba.

Tres perrazos de ladridos roncós se abalanzaron a la puerta cuando Andrés llamó. Un mozo los ahuyentó con gritos y piedras e hizo entrar al pasajero, después de contestar que sí vivía allí la familia por quien se le preguntaba. Cuando las herraduras del caballo sonaron en el empedrado del corredor, un caballero anciano, rico propietario de esa hacienda, salió a ver quién llegaba a su casa.

Andrés dijo su nombre y siendo reconocido como hijo de don Manuel del Campo, que fué amigo del viejo hacendado, recibió las más francas y campechanas atenciones, de parte del caballero y de sus hijos.

Allí almorzó y descansó un poco. Después de lo cual, con el anhelo de llegar, inútiles fueron las indicaciones de la familia para que dejara «caer el sol» antes de seguir el viaje. Se despidió, y hombres y mujeres quedaron en el corredor, viéndolo alejarse.

El caballo, que era un magnífico animal incansable, reclamaba rienda suelta e iba a trote largo por cuestras y quebradas.

Andrés lo echó al galope al atravesar la villa del Carmen, donde no quería detenerse, ni ver, ni oír nada, porque ese era un sitio funesto que suscitaba en su alma la visión de un cadáver. Pasó como si fuese perseguido por una obsesión dolorosa.

Cuando llegó al pie de la subida de Tocotá, eran más de las tres de la tarde.

Se desmontó al pie de una jigua que da sombra al río. El caballo estaba bañado en sudor y la espuma blanqueaba su piel negra y lustrosa; las anchas narices se comprimían y dilatában asesando.

Andrés le acarició las crines húmedas y crespas y le aflojó las cinchas; con lo cual el bruto se sacudió, abriendo la boca enorme como para aspirar toda la frescura que bajaba por el cauce umbrío.

En ese punto se pasa el Dagua por última vez. Es ya un riachuelo cuyo nacimiento está en el nudo de las montañas inmediatas. Sus humildes raudales serpentean entre las piedras lisas y se duermen bajo los carboneros y mayos florecidos. Allí se cree en la fábula del agua que canta.

Andrés subió de piedra en piedra, e inclinándose bebió en el hueco de una peña. Las mariposas revolotearon en torno de su cabeza.

Al volver a donde estaba el caballo, éste relinchó acalladamente, como si fuera una voz de amistad. Ya había recobrado el aliento para subir el repechón montuoso, por donde el banqueo del camino va en zig-zag sobre la tierra colorada.

Lo que esperaba a Andrés allá arri-

ba! A medida que subía iba pensando en la ventura que casi había olvidado durante la jornada. Volvía a darse cuenta de que no marchaba a lo desconocido, sino que se iba aproximando a donde lo conducía su corazón.

Tuvo una ligera sensación de frío, demasiado sutil para que fuese producida por la fresca perfumada de la selva andina.

De pronto, en una curva del camino, oyó voces varoniles y rumores de caballos; jinetes no vistos aun se acercaban a él. Se estremeció con aquella emoción que precede a los sucesos inminentes. Abrió los ojos desmesurados y vió desembocar los jinetes en una vuelta.

—Aquí viene! Aquí viene!—clamaron voces en el grupo.

Y luego, un solo nudo de abrazos desde los caballos y rumor confuso de los que se vuelven a ver. Fué después del abrazo ciego cuando Andrés llegó al reconocimiento de los que habían ido a su encuentro.

¡Oh, cómo estaban cambiados sus hermanos y amigos! Cómo estaría cambiado él!

¿Aquel hombre fornido y arrogante era su hermano Eleazar? ¿Aquel joven alto, de bigote naciente, era el menor, Nelo, a quien Andrés había dejado niño? Si se hubieran encontrado en algún camino del mundo, tal vez habrían hablado como extraños, sin reconocerse. Andrés comprendió la noción del tiempo y de la vida.

Subió la alegre cabalgata, hablando todos, disputándose cada uno el lado de Andrés. Apenas había tenido tiempo de preguntar en voz baja a Nelo, por las dos que lo estaban esperando.

Parecía que la tarde se había apagado por completo; pero ya cerca de la cumbre doraba el sol las altas copas de los árboles no invadidos aun por la marea negra de la sombra. Estaba próximo el alto de las Cruces. El corazón de Andrés latía fuertemente... Y de súbito, como una decoración inmensa, el valle del Cauca apareció con toda su majestad maravillosa, deslumbradora, incomparable.

Era desde esa altura de donde había soñado volver a contemplarlo. En todas sus tristezas, en todos sus anhelos, en todas sus nostalgias, a esa cumbre volaba su imaginación, allí se detenía, allí se estasiaba. Y ahora, no era sueño, sino la realidad llena de encanto, la visión de la tierra prometida.

Delante de sus ojos estaba el círculo infinito de verdor eterno, con sus azules ríos y su laguna de plata: un horizonte cuyo límite se pierde en la bruma trasparente, de donde sobresalen, tocando el suelo con sus cúpulas las cimas altísimas de la cordillera, que a la luz del poniente resplandecen como pirámides de oro; y más alto que ellas, el nevado del Huila solitario, fúlgida mole de diamante. Aldeas dispersas en lejanas colinas iluminadas por el sol; en el flanco de una sierra, la casa idealizada por el amor de *Marta*; redondos oasis de bosquecillos oscuros en la pampa sin límites; y sultana de ese paraíso, la ciudad querida, Cali dichosa, la de los blancos campanarios y las verdes palmas.

Andrés se había apeado del caballo para sentir bajo sus plantas el suelo nativo, mientras contemplaba tanta belleza. Largo fué su arrobamiento silencioso. Todos callaban. Por último, el joven escondió la frente en el pecho de Nelo y ahí lloró.

XIV

Los que no han salido de su patria no pueden comprender ese llanto. Los que no tienen en su frente la contracción de la nostalgia meditabunda y triste, no saben ese arrobamiento sin palabras, que suspende el alma del que vuelve, a la vista de lo que dejó. No pueden explicarse por qué el proscrito suele llevar consigo un puñado de aquella tierra bendita, sin la cual se secaría como una flor sin savia.

¡Y tan indiferentes que son, mientras permanecemos entre ellas, todas las cosas que forman nuestro primer ambiente! ¡Quién creyera que cuando eso se abandona, adquiere en la me-

moria el encanto de lo maravilloso, de lo inaccesible! En el alma del ausente se vigorizan y alcanzan una rara significación los menores detalles, las gentes que jamás hubieran podido interesarnos. La fantasía recorre sitios y ve siluetas que *allá* no despertaban ninguna idea: las calles torcidas, las casas viejas, el loco del barrio, el perro que siempre estaba echado en algún portón por donde no se podía pasar sin temor...

Ocurren soliloquios sobre las cosas más vagas:—«¿Qué se habrá hecho aquel muchacho a quien el maestro le tiraba las orejas por bruto? ¿Y ese otro que era el mejor de la clase y cuyo nombre después no ha sonado jamás?»

El nostálgico suele pararse de repente en una calle de la ciudad extranjera, porque ha creído oír en el piano que suena por ahí cerca, el aire de alguna música escuchada otro tiempo en su país.

Le suspende el más leve perfume que evoque el recuerdo de la flor predilecta que con tanto cariño cultivaba su madre.

Y vive entre un mundo exterior que no percibe y un mundo interior y lejano que sólo ve su alma.

No! Los que no han dejado su patria, no comprenden por qué Andrés sobre el pecho de Nelo lloró!

Bajaron en tropel por el tortuoso sendero de las Montañuelas, a la última luz de la tarde. El fondo del valle estaba ya sombrío cuando lo divisaron desde la falda de Pan de Azúcar. Las cabalgaduras moderaron el trote entre las lajas y guijarros de la pendiente, y desfilaron una tras otra. Los jinetes iban silenciosos.

Volvió a formarse el grupo al comenzar la loma de la Ligua, cuyo suave declive permitía una carrera moderada.

De la sierra montuosa que quedaba atrás, bajaba un fuerte viento, que hacía agitar las puntas de las listadas mantas y revolvía las crines de los caballos. La angosta y larga loma se prolongaba entre los ríos Cali y Agua-

catal, con una longitud al parecer interminable.

Andrés descendía por la cuchilla, fijos los ojos en las eminencias que a occidente dominan la ciudad, hasta que distinguió en la falda del cerro de los Cristales, medio oculta por la arboleda de la estancia, la casita blanca donde pasó los más felices años de su niñez.

Un sentimiento dulce como el aroma de las flores campestres embargó su corazón.

Sus compañeros iban hablando en torno suyo, pero él callaba.

Vió también con cariño, la hermosa quinta de Santa Rita, allá abajo, en el fondo de la vega, con su amarilla techumbre en figura de T. Desde el patio la familia R** le hacía señas con los pañuelos.

Se apagaba el crepúsculo y cerraba la noche, cuando del filo de la loma empezaron a descender, faldeando. Apenas se distinguían las blancas torres entre los follajes de las palmeras.

Estaba ya oscuro al pasar el río por el puente de Santa Rosa, y a todo el correr de los caballos entraban poco después en la ciudad, en el momento en que las campanas de San Francisco daban las siete, con aquellos alegres repiques que los caleños jamás olvidan en la ausencia.

Al tropel de las cabalgaduras en las primeras calles, salían a las puertas y ventanas las mujeres y muchachos del barrio, y de una a otra acera se decían:

—Es el joven del Campo, con todos los que fueron a encontrarlo.

Al doblar hacia la calle de su casa, Andrés lanzó su caballo como loco, adelante; penetró ciego al zaguán que estaba de par en par abierto, y al desmontarse en el patio fué recibido por unos brazos cariñosos y por un anhelante grito:

—Andrés!

Era su hermana Soledad, que lo condujo a una alcoba, donde una especie de sombra vestida de luto lo esperaba.

Las personas que rumoreaban en la sala, oyeron allá dentro:

—Madre!

—Hijo mío!

XVI

Vencido por tantas emociones, Andrés se durmió, con aquel profundo sueño que sobrecoje a los niños cuando han llorado mucho.

Empezó a despertar cuando la primera luz de la mañana invadía con sutileza la habitación.

Una confusa idea de que tenía que levantarse al trabajo imperioso, lo hizo medio incorporar, temiendo que hubiese dormido demasiado. Quien no tiene sino a sí mismo para vivir, no puede perder tiempo.

—¡Ah! murmuró con disgusto, des-perezándose, —cuándo descansaré? Tuvo un pesado pensamiento: el hombre es un buey que cumple una tarea.

Instintivamente dirigió una mirada oblicua buscando aquel busto de ojos enigmáticos que tenía al pie la palabra *Melancolía*: no la vio ni reconoció aquella alcoba medio velada todavía por la oscuridad. No percibió los rumores de la Alameda de las Delicias, que turbaran la dulce somnolencia de la madrugada. No estaba sobre el velador su reloj, que veía siempre al despertar, como un ojo atento, implacable.

Su conciencia permanecía aun, como la alcoba, en la penumbra. El cansancio pesaba todavía sobre él.

Se acordó vagamente de su viaje, de un viaje que acababa de hacer. Adormilado, miró en derredor: hallábase en un cuarto de hotel desconocido? Porque ¡ay! durante muchos años, eso era lo que le sucedía; despertar en un hotel, a la mañana siguiente de llegar de otra parte.

Iba aclarando lentamente.

En vez de las oleografías de los hoteles, percibió sobre la pared un antiguo cuadro que confusamente aparecía a sus ojos, como un lejanísimo recuerdo. Era un Descendimiento... ¿Dónde lo había visto?

La claridad del día aclaraba también su mente.

De improviso, como un relámpago de alegría, brilló en su espíritu el destello de la realidad.

¿Era, pues, cierto que se hubiese cumplido ese deseo vehementísimo? ¿Era verdad que estaba allí, en su casa? ¡Jamás una impresión placentera ha hecho sonreír de manera tan grata a un desgraciado!

Ecnó la vista en derredor de la estancia, donde ya todo aparecía con claridad.

Sintióse envuelto por un ambiente de hogar, mansión de la sencillez y del cariño; y en todos los detalles veía la obra de manos queridas, dadoras de ventura.

Era aquella parte nueva de la casa, ese departamento recién construido, tantas veces descrito en las cartas de la madre, cuando le decía: «Están edificando una salita y una pieza más, donde tú quedarías muy bien, con independencia y al mismo tiempo entre nosotros. Los jazmines del patio van a quedar frente a la ventana de tu dormitorio; lo que ha habido que cortar es el ciruelo. Pero la parte nueva está quedando muy bonita. Es para tí. Ah!... Vente!»

Recordó Andrés ésta y otras cartas de su madre. Pobrecita! Y su pecho se llenó de la alegría que él mismo había traído al hogar.

Se incorporó y desde el lecho entreabrió una hoja de la ventana. Precipitose dentro el hálito de los jazmines y una onda de luz.

Acostado otra vez, observó la disposición del dormitorio. Un tapiz claro, nuevo; cuadritos de buen gusto; sobre el dintel de la puerta el «Descendimiento». Ahora ya sabía dónde lo había visto: era el mismo delante del cual rezó cuando niño. Sonrió al ver que estaba en una cama con colgaduras blancas y lacitos rosados. «Es una cama virginal», pensó. ¡Qué bien estaba allí!

Una cama virginal! Este pensamiento le trajo deliciosas ideas, y embelesado en ellas, su imaginación fué

dilatándose como un círculo que se amplía en la superficie de una agua tranquila, hasta que, del centro del presente, rozó en las breñas del pasado y en las florecillas del porvenir.

El pasado!

Hacía tiempo no había tenido un despertar tan dulce. No, nunca! Sino que con la luz del día, había oído siempre una voz imperiosa que clamaba, haciéndolo estremecerse: «Levántate, hombre que vagas solo en la vida! Levántate a amasar tu pan, pues no hay nadie que cuide de tí!»

Se estremeció, y en el mismo instante, oyó allá afuera una voz femenina, juvenil, que daba órdenes a la servidumbre y decía:

—Acuérdense de que está aquí Andrés.

Era Soledad, que se preocupaba por él. Y él pensó:

—Ya hay quienes se inquieten por mí. Ya tengo yo para quienes vivir.

Le absorbió la imagen de su hermana: la hallaba elegante, simpática, digna; una señorita completa, con cierta gravedad heredada de la madre.

—Amará a alguien? se preguntó Andrés.

Con estos y otros pensamientos volvió a adormecerse. Y un rato después

soñó que alguien con pasos acallados iba acercándose a su lecho, y se detenía ante él. En su sueño pensó que se encontraba en un hospital de Curazao, donde había estado próximo a morir. Y se dijo: «Es la hermana de la caridad, que a media noche viene sin que nadie la sienta, y en silencio, con las manos metidas en las anchas mangas, observa a los enfermos».

Pero volviendo del lejanísimo sueño, sintió que realmente había alguien al borde de su cama. Abrió los ojos, y se encontró con los de su madre, que lo envolvían en una mirada de inmensa ternura.

Era ella la que había entrado en puntillas, y como si fuera una madre joven ante una cuna, desde hacía rato estaba absorta contemplando a su hijo, adorándolo.

El sonrió ante aquellos ojos amantísimos, pero fué sobrecogido por una pena aguda, al ver ese rostro pálido y marchito, donde habían dejado sus huellas los años y el dolor.

La madre trazó en el aire, lentamente, la señal de la cruz sobre Andrés.

El tomó con respeto la mano que lo bendecía, y la besó.

Isaías Gamboa

El origen

—¿De dónde vine? ¿en dónde me recogiste? preguntaba el niño a su madre.

Y entre risas y suspiros le contestó, oprimiéndole contra su pecho:

—Estabas escondido, como mis deseos, en mi corazón. Estabas con las muñecas de mi infancia, y cuando con barro moldeaba la imagen de mi Dios cada mañana, eras tú el que hacía y deshacía por placer. Estabas en el mismo altar que nuestra divinidad familiar. Adorándola te adoraba a tí. Has vivido en todas mis esperanzas, en todos mis amores, en mi vida, en la vida de mi madre. Te has nutrido en la devoción del espíritu inmortal que nos precide. Cuando era joven y soltera, mi alma abría sus pétalos como un

perfume, al rededor del cual flotaba tu espíritu. Tierno y débil florecías en mi interior, como una luz en el cielo antes de nacer el sol. Favorito del cielo, hermano de la luz matinal, flotaste en la corriente de la vida universal, para caer, por último, en mi corazón. Cuando te contemplo, me asalta el misterio. Tú perteneces a todo lo que es mío. De miedo de perderte, te oprimo contra mi pecho. ¡Qué prodigio misterioso permite a mis débiles brazos ceñir, el tesoro del mundo!

*Rabindranath Tagore*¹

(1) El celebrado poeta indio a quien le fué concedido el premio Nobel.
(De *Mundial*, revista de venta en la «Lectura Barata»).

Henri Bergson ⁽¹⁾

«La existencia de que estamos más seguros y la que conocemos mejor, es sin duda alguna nuestra propia existencia, pues de todos los demás objetos sólo tenemos nociones que se pueden llamar exteriores y superficiales, en tanto que nos percibimos a nosotros mismos interiormente, profundamente. Pero ¿qué observamos entonces? ¿Cuál es en este caso privilegiado el sentido preciso de la palabra «existir?» Para dar contestación a estas cuestiones, resumiré en cuatro palabras las conclusiones de un trabajo anterior.

«Observo, ante todo, que voy pasando de estado en estado. Tengo calor o tengo frío; estoy triste o estoy alegre; trabajo o no hago nada; contemplo lo que me rodea o pienso en otra cosa. Sensaciones, sentimientos, voliciones, representaciones: he aquí las modificaciones en medio de las cuales pasa mi existencia, y que la coloran sucesivamente. Por lo tanto, yo cambio sin cesar. Pero decir esto no es decir lo suficiente. El cambio es mucho más radical de lo que a primera vista se creería.

«Hablo, en efecto, de cada uno de mis estados, como si cada uno de ellos formase un bloque o un trozo de conjunto. Digo bien al decir que cambio; pero el cambio me da la idea de que consiste en el paso de un estado al estado siguiente: de cada estado tomando en particular y aparte, creo que permanece siendo lo que es durante todo el tiempo que se produce. Sin embargo, un ligero esfuerzo de atención me revelaría que no hay afección, volición, o representación que no se modifique a cada momento; si un estado de alma dejase de variar, su duración dejaría de transcurrir.

«Tomemos el más estable de los estados internos: la percepción visual de un objeto exterior inmóvil, por ejemplo. El objeto permanece el mismo; yo puedo mirarlo de la misma manera,

por el mismo lado, bajo el mismo ángulo; sin embargo de esto, la visión que tengo de él en cada momento sucesivo, es diferente de la que le precede, por lo menos en cuanto que la misma visión y el objeto han envejecido un instante. La memoria es la que pone alguna cosa de este pasado en este presente. Mi estado de alma, avanzando por la ruta del tiempo, se inflama continuamente con la duración que va recopilando; hace, por decirlo así, una bola de nieve consigo mismo. Con mayor razón debe suceder con los estados más profundamente interiores: afecciones, sensaciones, deseos, etc que no corresponden, como una simple percepción visual, a un objeto exterior invariable. Pero es muy cómodo no prestar atención a este cambio ininterrumpido, y no anotarlo sino cuando se hace suficientemente perceptible y capaz de imprimir al cuerpo una nueva actitud y una dirección nueva a la atención. En este preciso momento es cuando se da una cuenta de que ha cambiado de estado. Por más que, en realidad, nosotros cambiamos continuamente y el estado mismo no es otra cosa sino un cambio.

«Por consiguiente, debe decirse que no existe una diferencia esencial entre pasar de un estado a otro y persistir en el mismo estado. Si el estado que «persiste el mismo» es más variado de lo que se cree, puede decirse que, a la inversa, el paso de un estado a otro se parece, más de lo que uno se podría imaginar, a un mismo estado que se prolonga: la transición es continua. Pero precisamente porque nosotros cerramos los ojos a la incesante variación de cada estado psicológico, nos hallamos obligados, cuando la variación se hace tan marcada que se impone sobre nuestra atención, a hablar del fenómeno, como si un nuevo esta-

(1) Filósofo francés recibido hace pocos días en la Academia Francesa y que por lo curioso de su sistema, llama hoy la atención de todo el mundo.

do se hubiese yuxtapuesto al precedente. Del estado precedente nosotros suponemos que permanece invariable a su vez, y así indefiniblemente con los demás estados. La aparente discontinuidad de la vida psicológica se reduce más bien a que nuestra atención se fija en ella por una serie discontinua de actos. Por eso, en donde no hay más que una suave pendiente, creemos percibir siguiendo la línea quebrada de nuestros actos de atención, las gradas de una escalera. Es muy cierto que nuestra vida psicológica está llena de actos imprevistos. A cada momento surgen mil accidentes, que parecen interponerse entre lo que precede y lo que sigue para que no se junten. Pero la discontinuidad de sus apariciones se destaca sobre la continuidad de un fondo en donde se dibujan y al que deben los mismos intervalos que los separan: son como los golpes de los timbales que suenan de tiempo en tiempo en una sinfonía. Nuestra atención se fija en ellos, porque son los que la interesan primero; mas cada uno de ellos es arrastrado por la masa fluida de toda nuestra existencia psicológica. Cada uno de ellos no es sino el punto más y mejor alumbrado de una sona movediza que comprende todo lo que sentimos, pensamos, queremos, todo lo que somos en un momento dado. Esta zona entera es la que constituye, en realidad, nuestro estado. Pero los estados definidos de esta manera no se deben considerar como elementos distintos: éstos se continúan los unos a los otros, en un curso indefinible y eterno.

»Pero como nuestra atención los ha separado y distinguido artificialmente, está obligada ella misma a reunirlos enseguida por medio de un lazo artificial. Por eso se imagina un «yo» amorfo, indiferente, inmutable, sobre el que desfilan los estados psicológicos que ella misma ha erigido en entidades independientes. Allí en

dónde hay una fluidez de matices fugitivos que se atropellan los unos a los otros, la atención percibe colores separados y, por decirlo así, sólidos, que se yuxtaponen como las variadas perlas de un collar; entonces se ve obligado a suponer un hilo, no menos sólido, que mantenga juntas las perlas del collar. Pero si este substrato incoloro es colorado sin cesar por todo lo que le rodea, es para nosotros, en su indeterminación, como si no existiese. Ahora bien: nosotros no percibimos sino lo que está colorido, es decir, los estados psicológicos. A decir verdad, este «substratum» no es una realidad; para nuestra conciencia es simplemente un signo destinado a recordarle sin cesar el carácter artificial de la operación por la que la atención yuxtaponen un estado a otro, allí en donde hay solamente una continuidad que se desenrolla.

»Si nuestra existencia se compusiera de estados separados de los cuales tuviese que hacer la síntesis un «yo» impasible, para nosotros no habría duración. Porque un «yo» que no cambia, no dura, y un estado psicológico que permanece idéntico a sí mismo, no tiene duración, en tanto que no es reemplazado por un estado siguiente. Entonces haremos bien en aliñar esos estados los unos al lado de los otros, sobre el «yo» que los sostiene, pues nunca una serie de sólidos enfilados sobre otro sólido dejarán de presentar el aspecto de una duración que se desenrolla. La verdad es que así se obtiene una imitación artificial de la vida interior, un equivalente estático que se prestará mejor a las exigencias de la lógica y del lenguaje, precisamente porque habremos eliminado el tiempo real. Pero en cuanto a la vida psicológica, tal como se desarrolla bajo los símbolos que la cubren, fácilmente se da uno cuenta de que el tiempo es la tela misma de la vida».

(De *L' Evolution Créatrice*).

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

LECTURA BARATA, LIBRERÍA DE FALCO, ZELEDON & Cía.

LAS NOVEDADES DE LA QUINCENA

ANTOINE ALBALAT <i>Comment il faut lire les Auteurs Classiques francaises</i> , 1 tomo € 2 00	BLANCO FOMBONA <i>Letras y Letrados</i> , 1 tomo.... € 1 50
JANE AUSTEN <i>Catherine Morland</i> , 1 tomo .. 2 00	JEAN BERTHEROY <i>La pasión de Abelardo y Eloisa</i> , 1 tomo..... 1 50
RENE BAZIN <i>La Terre qui meurt</i> , 1 tomo.. 2 00 <i>Les Noëlet</i> , 1 tomo..... 2 00 <i>Contes de bonne Perrelle</i> , 1 tomo..... 2 00 <i>L'isolée</i> , 1 tomo..... 2 00 <i>Recits de la Plaine et de la Montagne</i> , 1 tomo..... 2 00 <i>Ma tante Giron</i> , 1 tomo..... 2 00 <i>Une tache d'encre</i> , 1 tomo ... 2 00 <i>Les Oberlé</i> , 1 tomo..... 2 00	BONAFOUX <i>Paris al día</i> , 1 tomo..... 1 65 <i>Gotas de Sangre</i> , 1 tomo..... 1 50 <i>Casi críticas</i> , 1 tomo..... 1 50
H. DE BALZAC <i>Eugénie Grandet</i> , 1 tomo.... 0 60 <i>Le père Goriot</i> , 1 tomo..... 0 60 <i>La femme de treute ans</i> , 1 tomo..... 0 60 <i>Le lys dans la vallée</i> , 1 tomo. 0 60	M. DE CAVIA <i>Azotes y Galevas</i> , 1 tomo 1 75 <i>Las mujeres del Quijote</i> , 1 tomo..... 1 50
FERDINAND FABRE <i>Les Courbezou</i> , 1 tomo 2 00	M. DE CERVANTES SAAVEDRA Una edición de lujo del Quijote con ilustraciones de Doré 65 00
RENE SCHNEIDER <i>L'Ombrie</i> , 1 tomo..... 2 00	B. CROCE <i>Estética</i> , 1 tomo..... 5 00
H. TAINE <i>Notes sur l'Anglaterrae</i> , 1 tm. 2 00 <i>Voyage en Italie</i> , 1 tomo..... 2 00 <i>Voyage aux Pirinées</i> , 1 tomo. 2 00	M. CARETTE <i>Historia de mi vida</i> (George Sand), 1 tomo..... 1 50
ROMAIN ROLLAND <i>Vie de Michel-Ange</i> , 1 tomo . 1 25	PIERRE DE COULEVAIN <i>Nobleza americana</i> , 1 tomo .. 1 00 <i>Eva triunfadora</i> , 1 tomo..... 1 00 <i>Ave sin nido</i> , 1 tomo..... 1 00 <i>La isla desconocida</i> , 1 tomo... 1 00 <i>Vida adentro</i> , 1 tomo..... 1 00
CASI TODAS LAS OBRAS DE PIERRE LOTI EN FRANCÉS , cada tomo 2 00	H. HINE <i>El cancionero</i> , 1 tomo..... 1 90
J. B. ALBERDI <i>Grandes y pequeños hombres del Plata</i> , 1 tomo..... 2 00	PEDRO HENRIQUEZ U. <i>Horas de estudio</i> , 1 tomo..... 1 50
R. ALTAMIRA <i>España en América</i> , 1 tomo. 2 00 <i>Reposo</i> , 1 tomo..... 1 50	CORNELIO HISPANO <i>Elegías</i> , 1 tomo..... 1 50
	JULES LEMAITRE <i>Al margen de los libros viejos</i> , 1 tomo..... 1 90
	MAURICE BARRES <i>Sangre, voluptuosidad y muerte</i> , 1 tomo..... 1 50

BIBLIOTECA DOMENECH

CON POCO DINERO

PUEDA CUALQUIERA HACERSE DE UNA INTERESANTE BIBLIOTECA

Cada tomo *lujosamente empastado*, no vale más que 50 céntimos

AGENCIA EXCLUSIVA EN CENTRO AMÉRICA.

LECTURA BARATA, FALCÓ, ZELEDÓN & CÍA

OBRAS PUBLICADAS:

- | | |
|---|--|
| ALMAS ANÓNIMAS, Eduardo Marquina | APUNTES DE UN DESCONOCIDO, 2 tomos,
Fedor Dostoyeusky |
| MANZANA DE ANÍS, Francis Jammes | LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, G. Miró |
| EL CASO LEAVENWORTH; esta obra consta de dos tomos, A. K. Green | EL ESPADA MONTES, Frank Harris |
| JACOBÉ, Joaquín Ruyra | JERUSALÉN EN DALECARLIA, S. Lagerlöf |
| ZALACAÍN EL AVENTURERO, Pío Baroja | LA VOZ DE LAS CAMPANAS, C. Dickens |
| JUVENTUD DE PRÍNCIPE, W. M. Förster | HISTORIAS DE LOCOS, Miguel Sawa |
| TOM SAWYER, DETECTIVE, Mark Twain | NERTO, Federico Mistral |
| EL AMOR CATEDRÁTICO, G. Martínez S. | ANSIAS DE VIDA, Luis Q. Huertos |
| LA ENJUTA, Víctor Catalá | NUESTRAS HERMANAS, Henri Lavedan |
| ¡DIOS SALVE A LA REINA!, Allen Upward | ¿CULPABLE?, W. Le Queux |
| LA BELLA DORMÍA EN EL BOSQUE, Francois de Nion | EL LUNAR, Alfredo de Musset |
| REBELDÍA, Joaquín Dicenta | POR LA VIDA, J. Pous y Pagés |
| EL SEÑOR DE HALLEBORG, Hedenstjerna | LAS ROCAS BLANCAS, Eduardo Rod |
| KOLSTOMERO, Conde León Tolstoi | SU MAJESTAD, Henri Lavedan |
| CASA POR ALQUILAR, Carlos Dickens | EL CADÁVER VIVIENTE, León Tolstoi |
| MINNIE, Andrés Litchtenberger | EL REFLUJO, R. L. Stevenson |
| EL DRAGÓN DE FUEGO, Jacinto Benavente | ALMAS EN PENA, Bjornstjerne Björnson |
| ERNESTINA, Prudencio Bertrana | ERÓTICA, B. Morales San Martín |
| BODA OFICIAL, R. H. Savage | RELATO DE UN NIHILISTA, A. Tchekov |
| EL HURTO SABROSO, novela árabe, traducida por José Carner | EL CUPÓN FALSO, León Tolstoi |
| REY EN LA TUMBA, Anthony Hope | MARÍA, Jorge Isaacs |
| FAUSTO, Ivan Turgueneff | DEL HUERTO PROVINCIANO, G. Miró |
| EL SILENCIO, Eduardo Rod | EL SECRETO DEL AHORCADO, C. Dickens |
| | BALADA, R. Sánchez Díaz |
| | EL ABISMO, C. Dickens y W. Collins |

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

LIBRO DE CARMEN LIRA

Deseo que se me considere como suscriptor a la obra de esta escritora nacional. Tomaré _____ ejemplar _____

Nombre _____ Dirección _____